



XIX

HISTORIA DE CINCO MESES

EN todo este largo período desde el instante en que termina el capítulo anterior, no presentan los sucesos de Coteruco aspecto de novedad bastante para que, sin cansancio del lector, puedan detallarse minuciosamente. Juzgo, por ende, más cuerdo hacer un ligero resumen de todos ellos, que sirva de enlace de los ya referidos con los que han de relatarse después.

Llevados á ejecución los proyectos de Patricio, siguiéronse con asombrosa regularidad los partidos á los bolos y á la baraja; los vencedores hallaban siempre otros tantos valientes que los retaban para el otro día; y de este modo, el llar de la taberna no se enfriaba jamás, ni los pringosos manteles de la mesa en que se jugó la becerra se levantaban. Hoy se comía una fuente de callos; mañana un cazue-

lón de caracoles; y avezada la gente á tales luchas y festines en el corro y en la taberna, apenas podían distinguirse los días festivos de los de trabajo.

De los efectos de aquella epidemia se resentía ya todo el organismo del pueblo; por todas partes, por todas las conversaciones se iba á parar á la taberna. Si el gato de la vecina estaba gordo, y esta observación se hacía delante de tres personas, y el gato pasaba á la sazón, una pedrada le tendía sin vida, dos manos hábiles le despellejaban; y á la noche siguiente, guisado por la tabernera, le comían los cuatro que le habían sentenciado, después de haber decidido la baraja quiénes pagarían la salsa y el vino. Si de carnes saludables se trataba y había quien rechazase la del perro, otro sostenía que, bien guisada, podía comerse como la mejor, surgía la disputa, traía consigo la apuesta, se mataba un can de un garrotazo... y á la taberna con él, y á vencer, á fuerza de vino, la repugnancia que á los más bravos causaban aquellas hebras co-reosas.

Sobre si llovería ó no al día siguiente, apuesta de una azumbre de lo blanco; convite porque se terminó una labor dos horas antes de lo presumido, y convite, en buena correspondencia, al que convidó; *parva* de aguardiente aquél,

porque iba al monte, y *sosiega* el de más allá, porque tenía sed al pasar por delante de la taberna... Y en medio de tantas francachelas y de tantos regodeos, unas veces se pagaba con lo que había, y otras se dejaba *á deber*; en este caso, como la deuda era *sagrada*, había que pagarla pronto, y para ello, vendíase lo del desván á cualquier precio, quedándose, por de pronto, sin los ofrecidos y necesarios zapatos los chiquillos, ó sin refajo la mujer. Como consecuencia de todo esto, las amargas quejas, los brutales denuestos y los subsiguientes golpes en el hogar; frutos naturales de las borracheras en la taberna y de los holgorios en la calle, de todo lo que hubo prodigiosa copia en Coteruco en ese tiempo, durante el cual las labores del campo se hicieron mal y fuera de sazón.

No hubo ya necesidad de atacar la buena fama de don Román. El grado de corrupción á que habían llegado sus antes adictos vecinos, fué la sima que los apartó de él. Ninguno de los seducidos por los agentes de Lucas creía ya encontrar en don Gonzalo lo que había perdido en *la otra casa*; todos comprendían que habían caído demasiado pronto en la red tendida, y que jamás debieron llegar tan al extremo como llegaron en sus manifestaciones hostiles al noble caballero, *por propio interés*;

pero veíanse ya esclavos de aquella corruptora tiranía; y enfrente de la serenidad inalterable de don Román, parecíanle éste limpio espejo en que ellos se contemplaban degradados y embrutecidos; y le odiaban, y, por instinto, deseaban destruirle.

Con esto quedaba cumplida la primera parte del programa de Lucas. Para que la segunda se cumpliera también, es decir, para hacer «ciudadanos activos de la patria» de los que habían dejado de ser «miserables labriegos,» trabajaron sin descanso los insignes *redentores* de aquel puñado de infelices. Predicáronles teorías deslumbradoras, con sus ribetes de socialistas, en frases campanudas y rimbombantes que la astucia de los Rigüeltas traducía al lenguaje del país, único accesible á sus incultas inteligencias; pintábaseles con horribles colores todo lo existente, y como un paraíso de felicidades lo porvenir; echáronse nombres á su voracidad maliciosa, como se echan huesos á perros hambrientos, y hasta entraron en Coteruco periódicos de batalla, que corrían de mano en mano y deletreaban los embrutecidos aldeanos en el rincón de la cocina ó en el poyo del portal, mientras los maíces se estiraban en la mies, pálidos y entecos, clamando por una azada, que los librase del *pan de cuco* que les chupaba el jugo de la tierra, y el ganado mu-

gía en los pesebres, azotándose hambriento los hundidos ijares con el rabo.

Álvaro continuó durante un mes visitando á Magdalena. Don Lázaro hizo un esfuerzo, y acompañó en uno de estos viajes á su hijo; y las dos familias acordaron entonces que el casamiento de los novios tuviese lugar quince días después; pero la delicada salud del caballero de Sotorriva se alteró de nuevo, y vióse obligado á abandonar el valle con su hijo, para tomar no sé qué aguas de muy lejos. Volvió de ellas más achacoso que fué, lo cual sucede con mucha frecuencia en tales casos; y entre alivios pasajeros y recaídas graves, fué corriendo el verano sin realizarse el anhelado proyecto.

Pero le olió bien pronto don Gonzalo; y aquéllos sus intentos de atormentar á Magdalena con la conquista de Osmunda, que le devoraba con los ojos y le aturdíá con una fogosidad sin ejemplo, trocáronse súbito en un arrebato de despecho que acabó por inflamar su mimosa pasión en un infierno de deseos. Notólo Osmunda, y redobló sus agasajos de pantera celosa; comparó el indianete la apacible y fragante primavera de la que le desdeñaba, con el otoño cenagoso y desabrido de la que le perseguía, y empezó á tener miedo á la noble hija de don Pelayo.

Un día puso ésta un pingajo de crespón negro sobre la guirnalda de siemprevivas que adornaba el retrato de don Gonzalo, en señal del luto que vestía su corazón por las infidelidades del ingrato, y se aterró el sin ventura, creyendo ver en aquel trapo una amenaza de muerte. Sacó fuerzas de flaqueza, y volvió al lado de Osmunda á mentirle dulzuras de jara-be, mientras su corazón andaba preso, sin esperanzas, dentro de la fortaleza de *la otra casa*, y su memoria llena de los hechizos de la beladad que le había despreciado.

Estos pesares distraía con las noticias que le llevaba Lucas á cada instante, sobre la marcha de los políticos acontecimientos. Le había cumplido el Estudiante una parte de sus promesas, y esto alentaba al indiano para tener fe en el cumplimiento de las demás. Era ya dueño de Coteruco (aunque un tanto al estilo constitucional, quiero decir que reinaba y no gobernaba) y pronto lo sería del valle, y colgaría cintas de sus ojales, y el bastón de manatí sería cetro en sus manos, y manto imperial su bata rayada, y egregia corona su gorro de terciopelo, y alcázar majestuoso su casa de arcos. Así traducía su ardiente sed de importancia la hueca palabrería con que Lucas le apuntalaba á todas horas la vacilante fe revolucionaria, y distraía el espantoso miedo que tenía á que el

día menos pensado entrase la Guardia civil en Coteruco, y se le llevara atado, codo con codo, á encajarle un par de balas en la mollera, al socaire de Carrascosa, por andarse metido en caballerías revolucionarias, en aquellos tiempos en que hasta las paredes oían.

Porque ya no eran conjeturas más ó menos racionales lo que exponía Lucas ante el ánimo irresoluto de don Gonzalo; eran noticias auténticas y comprobadas. Como el alcalde fué la primera víctima de los embustes del avieso cojo, pudo éste hacer, bajo la garantía de su palabra, frecuentes viajes á la ciudad, desde que por el misterioso decir de los periódicos y otros rumores que, en casos tales, se oyen siempre, sin llegar á averiguarse jamás de dónde nacen ni por dónde vienen, comprendió que *la gorda* iba á estallar mucho antes de lo que él se figuraba. De estos viajes volvía con las alforjas atestadas de noticias frescas y palpitantes: que por allá avanzaban éstos; que hacia la frontera huían los otros; que navegando á velas desplegadas venían los gallitos del cotarro; que lo viejo se derruía hasta los cimientos; que sobre ellos se alzaría lo flamante, á cuyo solo nombre las fortalezas abatían sus muros, enmudecían los cañones y se quebraban los aceros mejor templados.

Tales y parecidas eran las nuevas que Lu-

cas daba á don Gonzalo, y luégo propagaban de casa en casa los Rigüeltas, bien diluídas en su estilo peculiar.

En el calor de estos sucesos, el Estudiante, que no había abandonado el proyecto de llevar la revolución á todo el valle, enviaba á Barri-luco de pueblo en pueblo, esparciendo proclamas adquiridas en la ciudad; pero el emisario, cuando no volvía cojeando, traía la cabeza entrapajada, ó se rascaba las costillas; porque aquí le apedreaban y allí le molían, y de todas partes le echaban como á perro goloso, siendo griego para aquellas gentes el estilo, el fin y la ocasión de tales papelejos.

Una noche, después de algunos días de ausencia, entró Lucas en Coteruco pálido, jadeante y á uña de caballo, como quien dice; buscó al alcalde, y le obligó á certificar, en papel de oficio, que la digna autoridad no había dejado de ver en el pueblo al tal sujeto, ni por un solo instante, desde que por orden superior había sido puesto bajo su vigilancia.

Fué el caso que Lucas, habiéndose encaminado á la ciudad, tuvo que presenciar en ella, tras de muchos y muy entretenidos desahogos populares, como romper símbolos coronados, tizar las paredes de ciertos edificios con letreros rimbombantes, desarmar policías, y lo demás *de rúbrica*, sangrientos y desaforados com-

bates entre griegos que atacaban y troyanos que se resistían; vió luégo á éstos abandonar el campo, arrollados por los otros; y como él era de los primeros, aunque no en lo de batirse, pensó que se volcaba la tortilla de sus ilusiones; temió que los vencedores le echaran la zarpa; y loco, desatentado, huyó á campo travieso, como liebre acosada por galgos. De pueblo en pueblo, de escondrijo en escondrijo, corriendo de noche y oculto de día, no descansó un instante, ni su sangre latió en las arterias, ni sus pulmones se dilataron, hasta que llegó á Coteruco y obtuvo del alcalde la susodicha certificación.

Contóle después el motivo de su alarma, y no se le ocultó tampoco á don Gonzalo. Tembló el primero, de miedo á que se descubriese su complicidad con el revolucionario, y por idéntica razón se pasmó el indianete; y en un tris estuvo Lucas de que este doble pánico, puesto de acuerdo, no le entregase á las iras de los soldados triunfantes, para alejar los delatores, con esa muestra de adhesión á lo existente, toda sospecha de simpatía hacia lo ven- cido.

Lucas no supo jamás este verdadero peligro en que se halló; pero es cosa probada que don Gonzalo y el alcalde trataron largamente del asunto, y que no fué asomo de vergüenza lo

que les impidió llevar á cabo el proyecto, sino falta de confianza en la verdadera situación de las cosas políticas.

Esto aconteció al finalizar el mes de septiembre.



XX

LOS RELÁMPAGOS

Unos días después entró don Frutos en casa de don Román, algo caído de cerviz y mustio de semblante. Don Román se paseaba desasosegado en el salón que conocemos.

—Corren malos vientos, señor don Román, —dijo don Frutos por único saludo.

—No deben extrañarle á usted, señor don Frutos—respondió don Román.—Meses hace que la tempestad reina y el desastre se está viendo.

—Pensé que lo ocurrido en la ciudad era señal de conjuro.

—Un esfuerzo convulsivo de la agonía, ó, como le dije á usted entonces, una grieta que se tapó para que el volcán respirase con más fuerza por el cráter.

—Le aseguro á usted que no salgo de mi asombro.

—¿Asombro de qué?

—De ver cómo esto se va tan tontamente.

—Quien ve un pueblo, señor don Frutos, ve una nación entera.

—Pero, señor: un arbolito de pocos años se resiste al azadón que intenta arrancarle, porque tiene ya hondas raíces en la tierra; ¡y tantos siglos acumulados se dejan aventar de un puntapié!

—Aquí anohecimos un día en santa calma, y amanecemos al siguiente en completa anarquía.

—Es verdad... ¡y por una becerra en salsa!

—Ni más, ni menos.

—¿Y sabe usted, señor don Román, que desde que me enteré, por noticias y papeles, de la estructura y armazón de este gran suceso, me está dando en la nariz cierto olorcillo?...

—El tiempo dirá si usted es hombre de buen olfato. Entre tanto, el desastre es un hecho.

—Así me va pareciendo á mí... como me parece también que á usted le preocupa mucho.

—Imagínese usted, señor cura, al hombre de más sereno espíritu, que viene caminando años y años por una senda, escabrosa á veces y á veces blanda y placentera, pero siempre á la luz del sol; que, de pronto, la senda penetra en una caverna sin luz y sin guía de ninguna especie; pero no hay otro paso que aquél para

continuar el viaje, y que es imposible retroceder: ¿dejará el hombre, por valiente que sea, de temblar delante del misterio tenebroso, antes de penetrar en él? Pues á la boca de esa caverna estamos usted y yo en este instante, en la duda de si nos perderemos en el oscuro laberinto de sus senos, ó saldremos á la luz de la otra parte.

—El ejemplo está copiado de la verdad, y no tiene réplica... Pues, señor don Román, agarrémonos á la ventaja que llevamos los cristianos á los valientes sin fe: ¡Dios sobre todo, y adelante!

—Ese es mi lema, don Frutos, y no ceso de invocarle desde que me considero á la entrada del misterio.

—La verdad es, dejando el símil y viniendo á lo concreto, que de éstas han entrado pocas en libra en España, y que el lance es para que tiemblen los hombres de ciertas ideas, en presencia de las que vierte á su paso la triunfante revolución.

—No son las ideas lo que á mí me causa miedo, sino los hombres.

—Tanto monta, señor don Román.

—No lo creo así, señor cura: en la necesidad de que predominen ciertas ideas, cuando los hombres que las proclaman son esclavos de ellas, podemos, los que profesamos otras muy

distintas, vivir bajo su imperio; mas cuando detrás de las ideas se ocultan vulgares ambiciones y odios de secta, no hay defensa posible, ni otra elección que el martirio ó las catacumbas.

—Y como yo tengo para mí, porque la experiencia nos lo viene demostrando, que en tales casos las ideas no son otra cosa que asideros para trepar á la cumbre del imperio codiciado, digo que tanto me dan los hombres como las ideas... y á Coteruco me agarro, ya que usted, con gran exactitud, y á ese propósito, le ha comparado á la nación.

—Por eso temo á los hombres, don Frutos; porque aquí, como en todas partes, no es la justicia la que impera en tales casos, sino la pasión, la fiebre... Mas, dejando á un lado este género de consideraciones y volviendo al mísero detalle de Coteruco, ¡cuán otra fuera la situación de mi ánimo en estos instantes, si no hubiera ocurrido la afrentosa caída de este pueblo!

—No lo dudo.

—¡Con qué tranquilidad, aunque no sin pena por los riesgos que la patria pueda correr, viéramos hoy pasar la tempestad sobre nuestras cabezas, bien seguros de que sus estragos habían de sentirse muy lejos de este pacífico rincón! Otras hemos visto, si no tan recias, tan

peligrosas; y mientras los tronos han vacilado y la sociedad se ha conmovido, aquí ha seguido su curso inalterable la vida honrada y laboriosa de estas sencillas gentes, que no han de pasar de labriegos, así se desquicie el mundo con revoluciones.

—Es la pura verdad.

—¡Y decir que han bastado cuatro miserables para robarnos en un instante esa envidiable paz!... ¡Misterioso poder del veneno!

—¿Luego usted teme que ese cataclismo se deje sentir aquí?

—¿Cómo dudarlo! ¿No los oye usted cada día, y sobre todo, no ve cómo la mano que los dirige los lleva engañados hacia una región ilusoria? ¿Cómo, en fin, se cuenta con ese suceso para explotarle cada cuál en beneficio de sus miserables ambiciones? Desengáñese usted, don Frutos: aquí va á verse no poco ridículo y algo de ello estúpido; pero mucho que ha de costar lágrimas y ha de ser la ruína del pueblo entero, cuando no del valle.

—Por más arruinado, no doy dos cuartos.

—No lo creo yo así: tal como está hoy esta gente, aún podía traérsela al buen camino... Yo me comprometía á ello si se me daba autoridad y fuerza bastante para perseguir, con la ley en la mano, los vicios públicos y á los instigadores á la anarquía. ¡Bien sabe Dios que esa espe-

ranza no me ha abandonado un instante, de algunos días acá! Pero era en el supuesto de que no triunfase en el corazón de España una política que, por de pronto, ha de llevar á las extremidades el desorden y el barullo, y poner la fuerza y la autoridad precisamente en manos que yo había de inutilizar para conseguir mi objeto. Esto ha sucedido ya, ó sucederá muy pronto: no hay, pues, esperanza de salvación para estos infelices.

—Luego tenía razón el mentecato Lucas cuando me amenazaba con eso mismo.

—Ya usted lo ve.

—Pero yo no puedo creer que en cosas tan terribles tengan razón los mentecatos.

—Y no la tienen, señor cura: lo que á veces tienen es fuerza, porque así lo disponen los acontecimientos...

—Sí... y las becerras en salsa.

Aquí llegaba el diálogo cuando se oyeron grandes voces hacia la Iglesia, y luégo el repicar de las campanas y el estallido de cien cohetes. Corrió don Frutos al balcón, dirigió la vista al campanario, y distinguió en lo más alto de él á una persona que amarraba á la cruz de piedra en que terminaba la espadaña, un palo á cuyo extremo ondeaba un trapo rojo coronado con algo que parecía un gorro de dormir.

—Ahí tiene usted la confirmación de mis pa-

labras,—díjole don Román, que también miraba hacia el campanario.

El cura no quiso ver más. Sintió su sangre hervir de indignación; y sin despedirse siquiera, salió de la casa y se encaminó á la Iglesia.

Mientras don Frutos corría, ansiando saber quién había permitido semejante profanación, pues éralo, y mayúscula en su concepto, meter en la casa de Dios el fango de la política callejera, don Román cerraba las vidrieras y decía para sí:

—Por estos sainetes empiezan siempre las tragedias del populacho. Preparémonos á lo que venga... y Dios sobre todo.

